



ARIEL PRAT

Batata Negra

Y OTROS RELATOS



ediciones
al arco

Prólogo: Alejandro Apo
Contratapa: Darío Villarruel



ARIEL PRAT

Nació en Buenos Aires, músico, poeta y murguero. Formó parte de grupos de arte alternativos en los fines de la dictadura militar. Desde esos años se fue transformando en un referente de la nueva canción porteña.

Impulsor de la ordenanza que declaró a Murgas y Agrupaciones de Carnaval como “Patrimonio Cultural” de la Ciudad de Buenos Aires en 1997. Ha transitado con su estilo particular y adelantado escenarios de Argentina, España y Francia.

Colaboró en trabajos discográficos de artistas populares como León Gieco, La Chilinga, La Chicana, Juan Carlos Cáceres y Bersuit Vergarabat.

Fue invitado por la presidenta Cristina Fernández a participar artísticamente en los festejos del Bicentenario, donde actuó ante más de un millón de personas.

En 2012, la editorial Milena Caserola, publicó su primer libro de poesía “Curiosidad y Azar”.

En 2013, presentó “Te alentaré donde sea”, un conjunto de relatos que escribiera para la Agencia Télam durante el paso de River Plate por la B Nacional.

Actualmente es docente en la UNDAV en la materia “Cultura Popular y Carnaval en Buenos Aires” y conduce el micro “El Sanatorio 1030” en Radio del Plata.

Diseño

Federico Sosa

fedesosa1@gmail.com

Fecha de catalogación: 5/8/2016

Prat , Ariel

Batata Negra: y otros relatos/Ariel Prat. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2016.

80 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1367-64-1

1. Cuentos de Fútbol. I. Título.

CDD A863



ARIEL PRAT

Batata Negra

Y OTROS RELATOS

ediciones
al arco

*A mi viejo Pichino y a mi Vieja Amanda.
“Cuando se fue dejó al domingo de otro color/
no apura a Amanda con ese tuco y con el hervor/
Antes que yo llegó a primera el gran cabrón/
No falta nunca, es el primer Borracho del tablón!”*



ARIEL PRAT

Agradecimientos



A mis compañeros de fútbol en todas sus extensiones de cancha, picados, tribuna y sillón.

A mis hermanos Fabio y Jorge por tener la sangre pintada con los mismos colores y a mi hermana Georgina, por ser bostera gracias a nosotros y a esa pasión que no entendiste correctamente...

A la memoria de Francis Cornejo, el gran maestro visionario de AAAJ.

A mi gran amigo de siempre, con quien cultivamos el abrazo de cancha: Anselmo Russo

A quienes me impulsaron a escribir, Carlos Polimeni y Enrique Symns.

Al Chopo por la paciencia y las ganas y a Marquitos.

A Victor Hugo por haberse emocionado tanto al leer el cuento central de este libro y entender como nadie el juego.

Al fútbol en general por ser inspirador de tantos pedazos de vida sin redención y a pesar de todo, quererlo hasta las fronteras que se mueven de la pasión y la razón.

A mi hija Vera, quien ya nata de colores y sin entender, pero vaya a saber cómo en carnavales apunta con la nieve a los “Bosteros”.

A Yamila Segovia

A Hernán Greco

Y a Sebastián Ferreyra y Radio del Plata por ser consecuentes con los artistas populares y no nos dejaron en el banco, para seguir siendo protagonistas de este partido que es largo...

Prólogo



Un músico, un wing, un puntero, un amigo, un periodista, un muchacho del café -o, mejor dicho, un integrante de la banda del café-. Ariel Prat es eso, todo eso y muchas cosas más que retrata en estas historias, en las letras de sus canciones, en estos relatos emocionantes de recuerdos de un grupo de muchachos que se juntan para charlar de fútbol, de la vida.

Porque el fútbol nunca está separado de esa cosa que no es ni maravillosa ni extraordinaria ni sufriente: es única, que es la vida. Y ahí están nuestras historias. En estas historias que Ariel narra con esas dos residencias en España y Buenos Aires.

Que hacen también que la nostalgia, las crónicas, sean recuerdos de vidas vividas en otros ámbitos, pero que siempre forman parte de nuestra historia, de nuestros barrios y de nuestras ciudades. De nuestro vínculo con el fútbol, patrimonio cultural de todos nosotros.

Es un placer estar en un prólogo, representarlo a Ariel Prat, porque conozco sus sueños, conozco su música, su canto, sus letras. Conozco sus historias, conozco La Banda de los Jueves, el sueño de River, de su papá y de él mismo.

Reconozco las gambetas de Ortega, los recuerdos de los grandes jugadores de River y de otros equipos que Ariel nombra en estos relatos incomparables. Bienvenidos, salimos a la cancha. Con Ariel Prat tenemos un músico, un wing derecho, un “Cebollita”, un amigo y un grupo que todos los jueves se junta a hablar de la vida. Perdón, del fútbol y de la vida.

ALEJANDRO APO

Introducción



Batata negra es una serie de relatos y crónicas que tienen como eje el fútbol y sus extensiones. Es una mirada en general tan retro como introspectiva de una vida tan futbolera como la mía.

Mi pasado como “Cebollita” en Argentinos Juniors. La “presencia de la ausencia” de mi viejo. River como pasión, en algún momento como sueño de jugador pero también como integrante algunos años de la barra. Los amigos fuera y dentro de la cancha, la vieja y la familia, las costumbres tanto en Argentina como en España (viví unos cuantos años en un ida y vuelta constante) y algunos otros relatos, que con todos estos ingredientes supe escribir además durante los años noventa en el suplemento NO de “Página 12” bajo el seudónimo de El Monje.

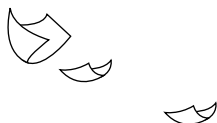
He seleccionado como un detalle que guarda estrecha e íntima relación con el fútbol, algunas letras de las canciones que integran mi discografía.

“Al olor del hogar”, popularizada por Bersuit, “El zurdito”, inspirada en Messi pero que disparó mis recuerdos infantiles también, o la muy escuchada milonga “Enzo, único rey”. En “Ir Gambeteando”, aparece en el tema la voz de mi viejo rescatada de un viejo cassette familiar, en el cual relata a un tío mis pequeños logros de “Cebollita” allá por el 73.

Batata negra, un pedazo de vida hecho de fútbol, de barrio y de una argentinidad que perdura a prueba de puntazos de idas y vueltas, de estadios y arrabales, de fronteras y de océanos.

ARIEL PRAT
(ROBERTO ARIEL MARTORELLI)

Batata Negra



“AHÍ VA EL ZURDITO APILANDO
TANTO PENAS COMO MARCAS
REVOLOTEAN LOS GARCAS
QUE SE IMAGINAN GANANDO
LO QUE NUNCA LABURANDO
PERO EL PADRE QUE ACOMPAÑA
SABE ENTENDER LA CALAÑA
Y AUNQUE NO SOBRE LA GUITA
NO SERÁ EL QUIEN PERMITA
SU VUELO A LA TELARAÑA...”

Me decido por fin a cruzar la mítica frontera que guarda una parte fundacional de mi infancia; después de varios intentos y cavilaciones, supero la prueba. Pasaron más de treinta años. Todas las veces que anduve cerca, no pasé más allá del querido y viejo Agronomía Central.

Vuelvo resuelto como palpitante, desandando el magnetismo de la calle Bauness hasta cruzar la avenida Chorroarín.

Del otro lado del complejo deportivo, sigue pasando el trencito aquel. ¿Cuánta gente habrá transitado en él; curiosos, desganados, volviendo de sus tareas, viendo jugar absortos a tantos pibes desde las ventanillas, cuando la formación no aceleraba por aquellos años sobre la canchita de “Las Malvinas”?

¿Quién iba a imaginar que entre ellos estaba nada menos que él 10?

Me invade mientras avanzo, el recuerdo que dispara el olor a levadura de “Calsa”, aunque esté el edificio ahí, no sé si aún sigue la fábrica en pie con gente trabajando dentro.

Mi regreso está envuelto en un color añejo, que asoma como me-

dalla en esas veredas “telarañas de la vida o bordado, no sé...” al decir de mi viejo y no se por qué, el del otoño es el color que finalmente roba pintándomelo todo.

Un sobretodo ocre de mi viejo, que olía a colonia y cigarrillos negros se apunta en el viaje. Una canción de Sabú. Una chapa que me colgaba por esos días en el pecho, de la película “Le Mans” con Steve MC Queen y que yo no entendía que decía ni había ido a verla, pero la llevaba igual.

Entonces se me tenía que aparecer, y cómo no, “Pelusa”, pigmento sustancial de ese color. Por estas veredas eternamente desaparejas de Bauness que nos unieron, él venía del otro lado del Riachuelo, esa ríñonera de mierda de Buenos Aires. Yo, de unas pocas cuadras nomás.

A mi viejo le preocupaban obsesivamente mis rodillas huesudas. Don Diego -observaba mi viejo- siempre iba con un mismo saco con los codos rotos. Le daba pena, tanto como la de no poderme comprar a mí unos buenos botines, ni siquiera zapatillas de las de marca. En esos tiempos la patria era rabia y el Ché no era un tatuaje.

Pero las rodillas de Diego estaban peor que las mías. Por eso de las rodillas y otras deficiencias físicas que nos unían, un día unos cinco o seis pibes, entre ellos Pelusa y el esquelético “Herculito”; fuimos citados en AFA para unos estudios que derivaron en sendas recetas. Mi viejo desistió al cabo de un tiempo de iniciar el tratamiento conmigo. Un médico muy piola de la obra social de su laburo, Montero creo que se llamaba, le desaconsejó por motivos hormonales y afines que me lo hiciera. Visto lo visto con el físico de Diego, creo que fue muy acertado. Los médicos del consultorio medico de traumatología deportiva de AFA “Dr. Ricardo Finochieto”, director DR. Augusto Covaro, eran Paladino y Pittaluga. Conservo las recetas.

¿Cómo había llegado yo a jugar ahí? Me pregunto hoy sincero, entre reflexivo y conmovido en las puertas renovadas de “Las Malvinas”.

Recién mudados de la provincia, íbamos a jugar a lo que hoy es el Parque Sarmiento. Peloteando, haciendo amigos en los picados, gritando goles y ensayando festejos ante tribunas imaginarias; hasta que una tarde de esas, me llamó la atención un partido en una de las canchitas grandes, con pibes que usaban camisetas y pecheras. Al parecer eran de un club importante y la rompían. Me quedé asombrado con un pibe morochito, que de zurda hacía maravillas y por sobre todo, recuerdo las puteadas del arquero contrario. Yo estaba justo detrás de su arco, el flaco rubio, un par de años mayor, que iba y venía buscando la pelota con bronca e impotencia, se acordaba y no bien de la familia del negrito. ¿Cuántos goles le metió esa tarde? Luego supe que los del rubio este eran de la séptima y los del equipo del negrito de pre novena. ¡No los podían parar ni a él ni a sus socios! Y eso que los de la séptima ya parecían hombres. Unas patas y unos lomos... Fue así, que luego de regresar un par de tardes seguidas a verlos, magnetizado y rendido ante esos pibes de mi edad, alguien se acercó a invitarme a probar y de puro caradura, tal vez presumiendo que esa magia me contagiaría, me animé. Me juntaron con otros pibes en una ronda, nos preguntaron de qué jugábamos cada uno y al ratito me dieron una pechera amarilla y a demostrar lo mío al campo.

Eran las inferiores de Argentinos y el tipo que me invitó a probar era don Yayo. En su rastrojero rojo, especie de transporte oficial de los “cebollitas”, traían toda la utilería desde el club hasta el parque.

Finalmente quedé aprobado y me citaron para entrenar en Las Malvinas. Me bautizaron como “El zurdito”.

Todo iba muy bien, más allá de que semana a semana me abrumaron las exigencias de estar a la altura, viniendo como yo venía de afuera del círculo de los fantásticos malabaristas no fue fácil, pero era tan novedoso jugar en un equipo de primera y el sueño de lle-

gar, que tal vez viniera con los años jugar con la de River puesta... pero no estaba tan mal, éramos la segunda línea de “Los Cebollitas”. Montaña, el hijo de don Yayo, el Mono Perfecto Rodríguez, Luisito, Sanfi, Osvaldito, Goyito, Polvorita y Diego, más los arqueros Pelusa, el Chino y Gomita, eran los bravos titulares.

Decía antes que todo “iba bien”, pero solo hasta aquella tarde. Festejaban un aniversario de Argentinos Jrs. y se armó a todo trapo un campeonato interno en Las Malvinas con invitados, periodistas y dirigentes. El postre era ver jugar a los magos estos, todas las demás divisiones fueron puro relleno, modestos tentempiés. Ya sabíamos quiénes juntaban a toda esa gente expectante.

Como era de esperar, a la final llegaron ellos sin problemas, el otro equipo finalista resultó ser el nuestro.

Me asomo ahora a las rejas de la entrada, como intentando ver con clara serenidad en replay algo de lo que sucedió aquella tarde. Solo recupero vagos detalles en sin colores y apenas latente, ese olor a levadura, como un pase de luz que permita recordar los pliegues de unas horas inolvidables, pero es muy mezquina la memoria y sus fragmentos ladinos. Solo me devuelve algo similar a un desencanto incisivo por haberme sentido a menudo tan marginado en ese sitio de privilegiados, yo, que me pensaba bueno y me empequeñecía borroso ante tales fenómenos en un constante comparar, dando con todo el amor propio por los suelos en ese campo desprolijo sin verde.

Pienso que en lo que vino después en mi vida, y calculo que ese aprendizaje me dio algo de orgullo y una necesidad de destacar por sobre todos, una altivez que el tiempo moldeó y que por suerte no me hizo perder entre sus babas malignas de narcisismo...

La final entonces.

Francis Cornejo, tótem y descubridor, además del técnico, era el árbitro.

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

Se moría de amor por sus “cebollas”. Eran sus diamantes, su tesoro que ni toda la guita que había en el banco donde laboraba podría igualar jamás. Cuando yo llegaba al club, lo primero que hacía era entregarle mis llaves y las monedas que llevaba para una coca. Cuando se las pedía al final, siempre me hacía una joda de bancario con sus manos diestras y entrenadas, por la cual yo me iba con menos monedas y entonces me chistaba para darme las que faltaban, yo siempre caía. A él lo divertía mucho esa broma que imagino solía hacerle a todos.

Todo el mundo presente esa tarde estaba esperando por el último paseo que se darían de seguro los “Cebollitas”. Quienes íbamos de punto, sabíamos que estábamos en el horno. Ni mi viejo confiaba. Como siempre apartado de la turba de padres besamanos y fanfarrones. El observaba solito, en una punta que lindaba con la pileta en forma de L junto a mi hermano Fabio, (quien también le daba y muy bien al balón) nervioso y con su faso de rigor sin ilusiones, asistía resignado al desenlace. De vuelta a casa, seguro me cubrirían sus críticas. A veces prefería un cuatro que me rompiera los tobillos todas las cuadras desde la cancha hasta mi casa, que soportar sus juicios exigentes. Pero esa tarde, el final y ese regreso serían distintos, y tanto... Aún conservo una cinta en que le cuenta orgulloso a mi tío Juan radicado en USA “telarañas de la vida o bordado, no sé...” lo que vivió aquella impensada tarde.

El partido se jugaba en dos tiempos. De llegar a estar empatados, cosa muy improbable, al final, Francis daría cinco minutos más. De persistir la igualdad: a los penales.

Pero el partido que hicimos (“los partidos hay que jugarlos” ja) fue el partido soñado, bárbaro... No nos sacaron ventaja. Nuestro arquero se lució y ellos tuvieron un partido para el olvido en cuanto al juego; porque creo que no se olvidaron en mucho tiempo de lo que

pasaría finalmente en los cinco minutos del alargue. La mirada de Francis taladraba. La bronca para con sus “cebollas” era incunable. Afuera nadie entendía qué les ocurría a los créditos orgullo del club. Levantó la mano mostrando los cinco. Ahí nomás resultó que cacé una pelota perdida en el medio y gambeteando a dos, creo que a Luis y a Montaña, quedé solo frente a Gomita que me salió a cubrir por abajo, pero se la emboqué por arriba. Me parece que Francis todavía tenía su mano levantada. Yo solo grité el gol, rebotando el eco en el milagro de la puesta en escena jamás soñada, contra la fábrica de levadura. Lo increíble y el cagazo se mezclaron en el aire en estado de alerta. Apenas me abrazaron un par de mi equipo y detrás de uno de los hombros, alcancé a ver a mi viejo dando saltos con mi hermano.

Me quemaba en la nuca la mirada ubicua y ardiente de Francis.

Se hizo un silencio de hospital.

Se oía hasta la levadura que se sumaba en masa incandescente repantando en el aire presagando las pizzas de mi vieja.

“Las Malvinas”, cubierta de su clima y sin metáforas, nada de homenajes.

Sacaron desde el medio “Los Cebollitas” y se fueron todos en malón a rematarnos, el corazón de Francis jugaba de 12, su mirada pampera era un viento a favor de ellos, un pelotazo de Polvorita sacudió el travesaño y el rebote me cayó a la zurda. Creo que fue el Monito Perfecto que intentó sacudirme una volea a la altura del destino que asomó implacable en ese instante para darme la gloria en una tarde de cine, pero el shot no llegó, el azar estaba conmigo y Gomita no intuyó que cambiaría al definir, porque se la deslicé suave de rastrón camino al gol.

Esta vez sí, lo gritamos todos.

Francis, acabó el partido. “Los Cebollitas” se quedaron de mármol como un verdadero monumento anticipado a sí mismos.

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

Un pesado limonero de plomo sobre el jardín de las delicias.

No se cuanto hacía que no perdían un partido.

Nuestra soledad en un costado de la cancha era conmovedora. Nos abrazábamos y gritábamos enloquecidos al fin y merecidamente.

Cuando nos dimos vuelta, Francis y sus pibes habían desaparecido como las monedas de la jodita.

La gente se desperdigó rápidamente porque en el buffet repartían algo. Mi viejo me abrazaba tan feliz como si River hubiera dado la vuelta en esos días de sequía. Creo que para mi hermano, pasé a ser un ídolo.

No aparecí por el vestuario ni para saludar, creo que algo, una copa o una medalla (más el ságuiche con la coca habitual), habíamos ganado; Pero el instinto me hizo rajar. Un par de padres de los de mi equipo vinieron a saludar y estaban tan agrandados como agradecidos.

Esa noche en casa, la pizza de mi vieja era caviar... Una excusa más para que un sábado tuviera que amasar. Familia, amigos del barrio y vecinos escuchando la hazaña. Esas ocasiones para el brindis...

A partir de la semana siguiente, Francis no me perdonó una en cada entrenamiento. Me gritó por cualquier pelota perdida o mal devuelta. Me empezó a llamar "Batata negra" y dejé de ser aquel simpático "Zurdito". Hasta dejé de hacerme la joda de las monedas.

Pocas semanas después, don Ernesto Duchini me vio jugar en un potrero un partido de colegio y me tentó a ir a Chacarita. Les dijo, al lado de la cancha de baby debajo de la popular en San Martín a mi viejo y a mi abuelo Felipe (que lo admiraba profundamente): "Este pibe va a llegar". Aquí estamos, Maestro. Aunque los escenarios sean otros.

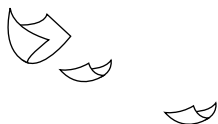
Y hoy que volví al fin, miro por la calle Bauness y parece estar alumbrada solo para mí por esa callejera gracia de haberla caminado

juntos con el Pelusa, cuando la patria no pedía ser camino en él. Cuando el ambicioso gordo Cysterpillar le seguía a media gamba sin obligaciones contractuales. Cuando todavía la gorda rubia no le llevaba de la mano al muere, cuando no necesitaba que se la chupen por despecho... todo parece tan familiar y al mismo tiempo tan lejano, como un sueño persistente. Como perdura este aroma del aceite de los masajes, entre bromas y nervios anticipados en los vestuarios. Como esa ilusión de que me dieran la número 11 y salir de titular alguna vez y que se dio nomás unos años más tarde cuando pegué la vuelta de Chacarita y él ya estaba en la tercera. Alguna tarde se bajaba de la escalera del olimpo y traía algo de la llama sagrada para compartir con los de abajo. Para hoy entender mejor detrás de toda la realidad en la que estamos transitando ya en otras veredas, con sus márgenes que miden las fronteras y en los confines. Tan cerca como el Riachuelo de los delfines.

¡Batata negra! Es lo último que siento al alejarme aturdido, pero más completo y aliviado. Espero que pase un 113 para cruzar Chorroarín y perderme en el humilde y añejo barrio de Agronomía, hoy también Parque Chas.

Telarañas de la vida o bordados, no sé... me apunto al chamuyo de mi viejo ahora yo también, como parte de esa trama que me hizo hombre al fin. Solo sintiendo nostalgia de lo que ayer sentía por mañana...

¡Martinelli!



Nos tocaba a menudo jugar en el mismo equipo, el de los estoicos suplentes de los “cebollitas”. Hicimos buenas migas, de aquellas que bien correspondían a dos atorrantitos de barrio.

Los que venían de la villa hacían su rancho aparte en general.

Los que eran neños de papá, en el rancho suyo y por lo corriente, resultaban ser bastante insoportables, de clase social más alta que la nuestra.

Y estábamos nosotros, en ese punto que hoy sería marginal, pero todavía la clase media que estaba por encima, nos mantenía resistiendo en la baja. Qué sé yo, teníamos heladera y un televisor Ranser.

Yo laburaba por las tardes después del cole, en la verdulería de Triunvirato y Gándara. Los días de práctica, entraba más tarde, eran buenos conmigo los sanjuaninos.

Martinelli, de haber coincidido conmigo en el mismo año, seguro que sería el típico compinche con quien me hubiese hecho la rata subidos de garrón en el Mitre camino a los bosques de Palermo,

colgados de las viejas y quejumbrosas puertas de madera, gritando a la gente tonterías.

Sentado al fondo de la clase y habría que haber gritado casi todos los días su ¡presente!, por estar bardeando en el biorsi fumando un pucho.

En las prácticas, Martinelli siempre trotaba al final. Si había que hacer abdominales se las ingeniaba para hacer cinco a lo sumo en lugar de las veinte. Solía mirarme el guacho con cara de esforzado guiñándome un ojo y tocándose los huevos en dirección al profe, me hacía cagar de risa, pero su máxima performance era imitar a Francis, el técnico. Ponía una mueca en su boca idéntica a la del hombre y mascullaba cómo él. Exclamaba su propio apellido pero “en boca” de Francis y le salía un perfecto: ¡Martinelliii! como solía hacer casi escupiendo espuma nuestro técnico, en tono de bronca los días de partidos para que el pibe Martinelli le hiciera caso.

-Vení para la raya, no te cerrés (jugaba de siete), ¿no me oís?... la gran puta...-

y cosas por el estilo. Amor-odio que extrañamente se mantuvo un par de años más, porque incluso Martinelli formó parte de los “cebollitas” en el campeonato Evita, donde descollaron pero perderían en la final. Es historia.

Yo ya estaba en Chacarita por esos días del Evita, el maestro Duchini le había dicho a mi viejo una tarde: “Este pibe va a llegar”, pero esa es otra historia que prometo contar alguna vez.

Años más tarde, habiéndole perdido el rastro al pillo de Martinelli, yo entrenaba en el querido Excursionistas, la base del equipo era del club “Saber”, un club insigne y barrial de Parque Chás, imbatible en Baby. Junto a “Cebollitas” y el club “Parque” eran los mejores, entre ellos no se sacaban ventaja. Yo los conocía muy bien a los del “Saber”, pues los enfrentaba con mi equipo del barrio y aunque per-

díamos siempre, les marqué muchos goles, cosas que le quedaron grabadas al técnico contra, que ya dirigiendo en Excursio y sabiendo que yo estaba por esos días sin club, me llevó para el bajo Belgrano. Debo decir que Eliseo (quien tiene su historia propia, de las poderosas para ser contada y que la debo también) fue el mejor técnico que conocí en mi vida. Obsesivo, inteligente, motivador y un gran entrenador de arqueros. Me ponía a veces de nueve y otras de once. En ese equipo descollaban Horvath, Vitale y sobre todo Mazzariche, ¡qué elegancia de jugador!

Contento estaba yo de integrar ese equipo.

En pleno entrenamiento, una tarde, Eliseo hace entrar a uno nuevo en el equipo que estaba jugando en contra, muchos de los pibes estaban a prueba. Lo puso de siete y yo que iba de once me lo cruzo en una jugada sin mirarlo y siento al pasar un mascullado e inconfundible ¡Martinelli! que me desconcentra perdiendo la pelota dividida. El que se la llevaba rápida y desordenadamente como un perro con un cacho de carne escruchado en una parrilla, no era otro que el mismo Martinelli.

Al finalizar la jugada, se cagaba de risa y yo tampoco no podía más...

Eliseo lo hizo quedar en el club y así nos reencontramos los dos, ya más crecidos, más atorrantes y algo viciosos. Sobre todo yo, que a los postres sería una de las causas para abandonar meses más tarde la práctica profesional del fútbol.

A veces en el campeonato, nos tocaba jugar domingos de mañana y tanto él cómo yo, llegábamos con las caras arruinadas a jugar y en esos años no estaban de moda las gafas negras.

Fue una de las razones -no éramos los únicos en esas lides-para que Eliseo decidiera que nos concentráramos en el club Teléfonos los días sábados. Yo iba, con una guitarra y todo.

Martinelli y Villarruel, otro de la banda, hacían coros y palmas hasta que nos metían de prepo al sobre.

La perla de las atorranteadas, se llamaba las vueltas al golf. Nos hacían correr ahí en Palermo y a la mitad, tanto Martinelli como yo, nos echábamos contra un árbol frondoso a hacer huevo, mirando pasar tres veces a los otros que se mataban corriendo.

Él mientras encendía un cigarro, yo nunca fumé, y nos cagábamos de risa recordando los viejos tiempos de “Argentinos” y volvía a mandarse sus inefables: ¡Martinelli!

Francis lo había rajado del bichito me contó en una de esas tardes de ocio deportivo y le dieron el pase, por eso estaba intentando jugar ahí en Excursionistas a ver qué pasaba.

Pasaba que estábamos para otras cosas, cada uno por su lado, pero en otras al fin.

Hace pocos años, una tarde de partido de la primera de Excursionistas, casualmente, lo apunté venir sin que él me viera. Estaba igual, con la barba crecida y unos kilitos de más. Lo reconocí de inmediato.

En seco le grité: ¡Martinelli! y él, al toque como si no hubiese pasado el tiempo, levantó la vista y su cara ya tenía la mueca exacta de Francis cuando le gritaba, como una máscara de carnaval... con una rapidez memorable que me impresionó.

Fuimos al bar del club ya sin escondernos.

NdA:.. por si las moscas del tiempo... entre usted y yo, lector, se llama Marinelli

Soñando al viejo



Voy apurado recorriendo el Monumental buscando a ese que prometió hacerme pasar a la platea. Sé que espero a alguien más y me inquieta pensar en cómo va pasando el tiempo, se acerca la hora del partido y no encuentro a esa persona. Estoy adentro del club y bajo el anillo, en uno de los pasillos cerca del jardín de infantes del instituto, veo a una orquesta que descansa, sus músicos están relajados y con las corbatas desanudadas. Fuman, conversan, parece que han tocado ya o que lo van a hacer pronto.

En mi trayecto febril, reconozco a bastante gente que se cruza a mi paso, a pesar de conocerlos bien no quiero pedirles nada, ni de pasar a la platea ni demostrarles mi dificultad (el orgullo se deja sentir).

Se escuchan los ecos de las tribunas, la fiesta popular. Se acerca la hora del partido y yo sigo afuera, encima esperando a no sé quién...

En eso estoy, cuando por el playón de la “San Martín”, veo llegar al que espero: es mi viejo. Viene acelerado, ansioso como siempre estaba los días de partidos. De la mano trae a dos pibitos. Aún no me ve. Uno de los pibes lleva una camiseta de Argentina, el otro un piloto

claro, color crema, exacto al que mi viejo mismo lleva puesto. Una réplica pero en pequeño que mi viejo mismo hace notar cuando me descubre, con esa sorna en la jeta turra y olmédica, pícaramente.

Voy a su encuentro, le explico que aún no encontré al que estoy buscando para pasar “de garrón” a la platea. Siento profunda emoción al verlo y él, igual que yo. Somos de llorar hasta en sueños, la gran puta... Está muy chupado y con la barba crecida como en sus últimos días de hospital, y entonces pienso en el tiempo que hacía que no nos veíamos, sabiendo que el muy cabrón no habría querido dejarse nunca ver así por nadie de afuera. Ese orgullo...

De repente noto que en una de sus manos lleva un par de latas de pintura, se sienta sobre una de ellas comenzando a llorar sentidamente. Aunque ignoro la razón, sospecho algunas en pocos segundos, que van desde la culpa de verse así tan maltrecho o lo de llevar tarde a sus pibes a la cancha sin la seguridad de entrar, pasando por las broncas con varias de sus amistades que se comprometieron en situaciones similares en los estadios por su carácter venal y más allá; Y también, la razón de la emoción lógica, de que nos estemos reencontrando allí: Justamente en el gran Monumental...

Lo abrazo fuerte. Lloro yo también, somos de llorar hasta en sueños nomás, en medio de los rezagados que se aprestan a subir los escalones que llevan a la platea y de esos otros que campanean para encontrar a su conocido habitual que les dé chapa...

No sé cómo, pero no me extraña que enseguida estemos adentro del campo de juego. Ni platea ni popular: Adentro del mismísimo verde césped del “gayinero”, dando los cuatro una especie de vuelta olímpica recorrida por la pista ante la multitud y sus trapos colgantes; Resalta uno con la cara del “Anyulin” y otro muy raro, con colores negro y amarillo y que no alcanzo a leer bien de letras rojas...

También vemos caras conocidas en las plateas cercanas que nos mi-

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

ran con alegría y aprobación, todo es muy rápido y delicioso, como de pibe en aquella vieja calesita...

Hasta que llegamos al sector central, en la misma línea del medio campo... es ahí cuando todo se acaba y me despierto.”

Nota del autor: Las cenizas de mi padre que trabajaba de pintor, se encuentran en la raya central del campo del estadio Monumental. Labruna (Anyulín), el ídolo de él. El amarillo y negro, quizá sean los colores suplentes del Zaragoza, ciudad en la que vivía al momento de soñar. Nunca pagaba para entrar a la cancha mi viejo y no fue barra brava.

En España I



Los vascos, en especial los de Bilbao, suelen pitar (chiflar) estruendosamente a los jugadores de otros clubes, sobre todo cuando juegan en “la catedral”, o sea el San Mamés.

He percibido, prestando atención, que esas muestras de reprobación recrudescen cuando los jugadores son internacionales. Extranjeros, digamos, que no son vascos, ni españoles ni de país alguno de la comunidad europea.

Me pregunto entonces:

¿Se consideran los hinchas del Bilbao: Nacionalistas vascos o nacionalistas españoles?

¿No suenan esos chiflidos, un poco xenófobos, de todas maneras?

Los bancos de capitales vascos en Argentina:

¿Son considerados vascos o españoles?

¿Qué hacen los vascos por diferenciarse en estos temas?

Son cosas que se me ocurren a vuelo de pájaro.

Después de los últimos mundiales, me percaté de lo oportuno de tener en España un himno sin letra.

¿La hubiesen cantado los vascos Mendieta o Xabi Alonso ?

Son cosas atrevidas, tal vez y sepan disculpar que se me ocurren a esta hora, una menos en Canarias.

En España II



El fútbol, y dado su carácter universal, nos da una idea bastante clara de la cultura de un pueblo.

Siempre recuerdo aquello que escribiera Dante Panzeri: “Cuando el héroe del estadio es el héroe de la nación, es que el país se ha quedado sin hombres”. Aquí debería yo “bajar la persiana” y dedicarme a ver si llueve, pero uno recoge, camina y desea irremediablemente insistir, es cuestión de carácter.

En Argentina, sobre todo en Buenos Aires, los porteños naturalmente, aunque algunos sean pésimos jugadores desde pibes o apenas hinchas “de radio”; tienen “su” equipo formado a rajatabla, ya sea de su equipo favorito o el de la selección nacional.

El viajero curioso entenderá bastante de los males y de los logros argentinos, si se deja llevar por los comportamientos verbales viscerales de un mozo de bar, un taxista, o con mucho cuidado de no ser pisoteado por un caballo de la montada, o quedar en medio de una cruzada de barras; ir a presenciar un encuentro. (Un circunstancial amigo alemán, me tradujo una guía para turistas, en la cual recomendaban a los gringos, visitar con un casco de esos de obra a la zona de la Boca los días de partido).

El fútbol une y desune, dignifica y exagera cada una de nuestras

cualidades y defectos.

En mi caso, debo reconocer que no soy hincha de la selección. Argentina para mí sí es Argentina con River, como Boca, Argentinos Juniors o San Martín de Tucumán. El verdadero espíritu argentino transpira y late a través de cada camiseta de club.

Observen, cuando juega Argentina de local al público que asiste y verán que no es el mismo, por abrumadora mayoría. Es un público más frío y distante, tal vez representativo de una ilusión nunca perdida por la clase media de ser “europeos”.

El comportamiento de los hinchas en partidos de campeonatos locales es el carácter argentino. Tanto en las plateas como en los populares.

La policía, sin embargo, está siempre pendiente del comportamiento antes, durante y después, de los que habitan las populares. Los que llegan a increpar a los árbitros, putear a los jugadores, salivar a los contrarios camino a los micros, son por lo general los de las plateas y los mismos que mediante el voto de socio, elegirán a quién tendrán cada cuatro años en el poder. Por muchos que sean los que alientan, se apretujan y sufren calamidades por una entrada, van donde sea y como sea, cuidan sus “trapos” con honor; miles, millones en algunos casos más, no tendrán el voto calificado.

Todos pueden coincidir en el obelisco sin distinción de camisetas, cuando gana la selección nacional; Si se le gana a Inglaterra, se intenta recuperar con un resultado deportivo lo que políticamente no se logra hasta ahora.

A la hora de la verdad, empujados por la locura de un étlico general, salimos a enfrentar a una fuerza imperial europea y así salió la cosa. Se desnudó nuestra verdadera condición de tercer mundo total.

Años más tarde, Bielsa intenta formar un equipo “europeo” para

campeonar y pierde contra los ingleses sin pena ni gloria. Es que tanto en el fútbol cómo en la vida real, cacerolas mediante y asambleas prometedoras, la gran masa media se despierta hoy finalmente y reconoce su verdadero estado. No somos Europa de Sur América, el dólar no era lo que era y solo nos resta que debemos salir a jugarlos con “la nuestra”.

Prefiero la gambeta de Diego frente a los ingleses que la “mano de Dios”. Ganar jugando como se sabe y nos identifica, finalmente eso es lo que se espera cuando se viene a buscarnos desde el viejo continente. ¿Que se van muchos? vale; Pero los que se quedan, gran mayoría, han parado más de una vez la pelota con huelgas, con lo que ello representa.

Tal vez sea muy difícil pensar en cosas más grandes, todavía camino a un River- Boca, desde los colectivos que transitan la General Paz, morochos de uno y otro bando se arrojan piedras y amenazas de muerte (“solo por un color...” cantó Spinetta en su estremecedora “La bengala perdida”). Quizá al otro día estén coincidiendo en un piquete en Puente de la Noria.

Volviendo a España, con un fútbol desde el cual reconozco bastante a una sociedad que lo vive casi sin transpirar, amarrada en la butaca para que le sirvan el espectáculo una mayoría de extranjeros, muchos no comunitarios y abrumadoramente por la tele en el bar, principalmente en el bar que en la propia casa. Con un Madrid que arrasó orgulloso Europa ocupando el sitio que hoy le corresponde a España en el orden establecido, espejismo que corta la selección, que debe sudarla y cómo para ser reconocida, mostrando cómo juegan verdaderamente los españoles (aunque haya ganado la Eurocopa 2012, justo antes de que se derrumbe el sueño económico en Europa y el mundo, que casual). Desde el fútbol, y mal que les suene a muchos, España descuella integradamente, ya sea el Barcelona, el

Valencia o el mismo Madrid.

En Zaragoza, hace unos años, estaba yo echando una copa en la terraza de un bar del parque grande, cerca de la Romareda. Pude haber ido al estadio a presenciar el encuentro contra el Real Murcia, pero una buena lectura y mejor clima en la tarde, pudieron lo que en Argentina no pueden nunca.

Se escucha de repente un estruendoso grito de gol, ese rugido inigualable.

Uno que estaba cerca le dice en voz alta al camarero que iba camino a servir a otra mesa:

¡Gol del Zaragoza!-

Jai... pudo haber ido al poste...- Le contestó al paso y con resignación natural el característico camarero aragonés. Manda huevos... dicen acá.

Toda una escena para reconocer a los maños que así ocupan su sitio en la actualidad española.

(N del A. este relato se escribió antes de que la selección española saliera campeona del mundo)

De la objetividad de los relatores



Jugaban hace unos años el Milán contra la Juve. Desde la emisión en directo para Argentina por cable, el comentarista X, discurría en medio mismo del partido con su visión del fútbol europeo y algo más.

Decía que el de los ingleses era el más bonito, el mejor jugado, pero... que el de los tanos era el más bravo, allí solo valía ganar “como todo en la vida”, aseguró textualmente con la contundente soberbia de quien parecía ser un “ganador” en la suya propia.

En esas estaba el hombre, cuando los de la Juve hilvanaron una jugada rápida y vistosa, que por poco no terminó en gol a base de una serie de pases de taco, tic, tuc, tac... para colgarla de un cuadrito en el comedor de casa.

Como si fuera a ser escuchado por los jugadores y pasmando a la tele- audiencia, X soltó “No, no, cortenlá con los taquitos muchachos, que los del Milán se los comen crudos...”.

Traduciendo: No es que el tipo tenía pena de ver en el fútbol italiano lo que se hace en el inglés, o sea el balón bien tratado, el juego

de velocidad y destreza (lo que se debe hacer en el juego, agrego yo devolviendo la “objetividad”), no; X arrancó su socarrona máscara de simple relator de un partido de fútbol para dejar que apareciera su mediocre defensa del oscurantismo futbolístico, el de no dejar hacer al otro su juego, el de la obstrucción, el del catenaccio, el de “hacer negocio” aún perdiendo pero de visitante y con un gol que valdrá doble en el total, ojo al piojo.

Un simple y llano adalid del virus mortal a combatir en el fútbol y en la vida misma este relator que aún sigue vigente desde las pantallas, porque siguiendo entonces la línea argumental de sus reflexiones en cámara, debe X comportarse así en la vida y creer predicando entonces que eso es ser un ganador.

Qué cuidado tendría yo si fuera su compañero de tareas. Por las dudas bebería de mi agua.

No extraña entonces que X era el relator elegido de la señal de cable que tenía como a una de sus ilustres figuras a don Carlos Bilardo.

De la objetividad de los relatores II



Sigo con X, es que el partido no ha finalizado y el hombre está entonado. Manda fruta a troche y moche.
Sorpresa.

Faltan veinte minutos de juego y el cero es casi una verdad de pe-rogrullo, un resultado de una visita del FMI al país.

“Hay que bajar la persiana”, sentencia X, olvidando que los partidos tienen noventa minutos reales, más los suplementarios (es que realmente, a ese fútbol “bravo”, al más difícil... ¡no se lo aguantan ni ellos!), con tanta rica y pasional historia escrita en estos minutos agónicos, donde aquello de “la dinámica de lo impensado” ha dado calor, color y letra a la historia del fútbol mundial.

Pasa que entonces entra al campo, estaba en el banquillo, Del Piero.

A los ochenta.

A los ochenta y cinco y casi sin avisar, Del Piero saca de su galera un gol de aquellos.

Ganó la Juve.

X pondera a Del Piero y la importancia de ganar de visitante.

Lástima que el partido no duró media hora.

Tribus de tribunas



DE MIS TIEMPOS DE TABLÓN.

Los “arreatadores” tribuneros, eran llamados “los ganas”. Cuando salían de arrebato a eso le decían ellos mismos “so-guear” y/o “cortar”, según fueran cadenitas de oro y afines o relojes, en ese orden.

Los “punguistas” clásicos que a veces laburaban en solitario, aprovechaban el amontonamiento en las bocas de acceso y en las avalanchas. Su trabajo consistía en manejar bien sus “ganchos” (dedos), “bolsiqueando” y “apurando” a los giles con carpa y maestría, eso sí.

Ambas clases de actividad eran ejercidas por “los José”, así se los denominaba “familiarmente” en el ámbito de mi equipo, por ejemplo, cuando yo paraba ahí.

Los primeros nombrados oportunamente arriba, iban en grupo o patota y a menudo eran incontrolables a la propia jefatura de la barra. No todos vivían de eso; Entre ellos aparecían ocasionales arreatadores por “dinámica callejera”, digamos. Otros solo probaban su status ante los compinches y compadres de parada.

En la tribuna, a veces salían solos mientras “la gilada” (la gente menos avisada y descuidada que va a mirar el partido tranquila) estaba en lo suyo y entonces actuaban. Pero a veces pintaba “mancada” y se equivocaban sogueando la cadenita de oro de algún ex capo de la misma barra o un allegado respetado por la misma, incluso algún “rocho” de pro; ahí se pudría todo y se armaban esas peleas que a la mayoría de la gente en el estadio le causaba asombro y porque no, algo de morbo que entretenía, quedando ese típico claro en medio de la tribuna y mucha gente pegándose golpes, rodando escalones abajo espectacularmente. Más de uno no sabía en la barra ni a quién ni por qué, como en mi caso, pero:

-¡vamo a darle!-

Cuando la cosa no daba para más y la barra cambiara de conducción, pudo pasar que según la orientación y el origen de los flamantes capos, se los corriera a los bichos estos; entonces se vinieron en ciernes otros combates, que a veces fueron más allá de la tribuna. Algunos se abrieron de la barra prudentemente, otros dieron pelea, agrupados lejos del centro de la tribuna, aunque esta situación acarreará “ajustes” de tanto en tanto, hasta que surgiera un pacto entre ambos bandos y todo volviera a la tranquilidad.

Los que no eran hinchas de verdad, apenas delincuentes sin colores, se fueron silbando bajito a intentar “copar” una tribuna de otro equipo. Con suerte y demostrando tener aguante suficiente, contando también con un socio local y natural que les dio el visto bueno. Sobre todo, pudo llegar a ser tal desembarco, aportando un conocimiento esencial a la barra del “nuevo club”. Al llegar el día en que el equipo se enfrentara al que ellos pertenecían antes, estos “desterrados del tablón”, aprovecharon para intentar la clásica “vendetta” en el posible enfrentamiento antes o después del partido, en ese partido aparte de la calle.

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

Algunos motivos de lealtades y traiciones que tal vez no sean tan pasados de moda en las intimidades del tablón perdido, visto lo visto.

Ahora cuando voy me ubico en una platea. A pesar de ello y de todo lo que pasó en el medio, cuando mi mirada lleva otro color, la cabeza lleva otros muebles y las chapas volaron; me asomo a la popular y mis ojos panean la escena con la sabiduría de un marchante. Cuento trapos. Bombos murgueros. Quiénes y cuántos se suben a los fierros. Si reconozco a alguno todavía. Echo una ojeada a los de enfrente. Mido... con la fuerza de la costumbre, como la que lleva el pintor de paredes cuando entra en una casa simplemente de invitado por primera vez, pero que roza acariciando con las manos la superficie de la primera pared que encuentra, inspeccionando nomás, a puro instinto.

El estigma del wing



Detrás de cada pique corto y el recorte, donde cualquier defensor sin recurrir al intento de bajarlo, aún con el riesgo de un falso paso de baile con las piernas revueltas, tuvo que sufrir al wing, cuando esta raza resistía a los esquemas de los profetas de drugstore y videos (no confundir con los de barra de bar ni por asomo); dando paso a la poesía en la metáfora del terco que no se rinde nunca y llegar a consumir la jugada impecable como dice la canción:

“y la red se estremece/ y el fulbo se ha quedado/ como un tigre atrapado/ en una jaula verde/ y otro pique lo pierde/ lo sube al alambrado/ donde queda abrazado/ feliz junto a su gente...”

Detrás de toda esta pintura, levantando el cuadro, está el personaje emblemático del wing (siempre, casi, que más da).

No hay caso con ellos. ¿Sería por aquello de estar pegados a la raya siempre? Pedrito González, uno de esos wines derechos increíbles de los 70, tenía ganado por la jeta ya el mote de “*El borracho*” y todos los que lo conocen juran que es como aquel “*Serafin*” de la milonga

pero a diario... El revés de la prueba del estigma...

Desde los tiempos de Corbatta, pasando por Bernao, entre “Pinino” y el “Hueso”, en la Argentina los hinchas hemos vibrado por ellos cayendo escalón tras escalón, como si la apilada y el grito final nos hubieran envuelto en la propia red y en ese único, maravilloso (no habrá platea que limite jamás) abrazo de cancha...

La leyenda se forja en el estigma hoy, lejos de posiciones impen-sadas y remanidas en el campo. ¿Quién dudaría en señalar que el genial e impredecible “Burrito” es un wing ¿eh? Llamen al fantasma de Best que dicen anda rondando por Londres o al oráculo de la botellita pinchada, ¡tengan huevos!...

Es probable muchachos, que estemos ante la posible despedida del último wing, quien no puede con la penúltima, con las que a tantos nos revuelve en la resaca haciendo de la noche un camino sin sueño que jamás acaba con la sed.

Me gustaría intentar un codo a codo y convencerlo, de chamuyo fino, fuera del verde césped, que se entienda claro; Jamás le intentaría poner ese freno en una cancha, *porque* lo que más quiero es verlo jugar, *porque* es único, *porque* es de la raza, *porque* tiene locura, *porque* le espera un sitio en el trapo de los más grandes y *porque* este quince de febrero vuelvo yo a la Argentina ¡con tantas ganas de aplaudirlo!, de quedarme ronco a prueba de conciertos, de abrazarme borracho de su caldo jujeño denominación de origen con Juan, con Pancho, con el Tano o con Anselmo, con mis hermanos o con ese negro en cueros que no conozco.

“...sobre la hora ay sobre la horal/ cuando los flojos lloran/ y está cerquita el fin/ quiero ver/ sobre la cancha/ a aquellos que se bancan/ ¡tener alma de wing!”

Sigue la canción como un rezo ante el brujo que amenaza con llevarse el secreto compartido a otra tribu, dejándonos sin la pócima...

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

pero, tocayo querido, ORTEGA, ORTEGUITA... el único consuelo nuestro que te justifica es que ya, como toda metáfora encarnada en vos y sin sanata dominguera de por medio; Si te das por rendido en la hierba, si mancás en los últimos cien de la recta; no te pierdas aflojando en el pique más allá del verde césped, fuera de esa raya y cerca de otras luces de osamentas urbanas.

Que tus nietos algún día puedan disfrutar de tu leyenda pateando juntos y de la mano, el asombro cualquier domingo en un Monumental que como vos, no puede derribarse nunca...

PUBLICADA EN EL SUPLEMENTO "LIBERO" DE PÁGINA 12 EL 9 DE ABRIL DE 2007

(*) Y (**) **FRAGMENTOS DE LA CANCIÓN "SOBRE LA HORA" DE BETO ASUREY, INSPIRADA EN EL LOCO HOUSEMAN, QUE DIO TITULO A MI TERCER DISCO EDITADO EN EL 2000.**

La banda de los jueves



Forman parte de un grupo autodenominado “La banda de los jueves”.

Personajes por lo menos curiosos lo componen y desde hace casi diez años, transitan las noches de los jueves por unas canchitas desparejas de piso de cemento en un poli situado por algún rincón oscuro de San Telmo.

Es dispar el desempeño de los protagonistas en el terreno de juego, alguno debería ya reflexionar el tema del retiro con partido homenaje y por supuesto la infaltable, como ineludible cena posterior, cita gastronómica la que más de uno de la banda concurre directamente, a veces sin pasar por la transpirable prueba del juego. Es más, algunos demuestran su verdadero talento en el arte de manducar, incluso sobre los platos que otros ya abandonaron por tener los ojos más grandes que el estómago. El pase de gol exacto se traduce en el momento trascendental cuando el mozo bautizado “Enzo”, se acerca con la jarra de limonada a tope con hielo antes de cualquier pedido de la carta. Jugada que se junan de memoria y todos comparten sin

mezquindades.

Más de una vez tuve la intención de buchonearle a algún jugador profesional para que pase y vea en directo una de esas noches, a varios escribas de deportes que son integrantes del colectivo gastro-deportivo en su triste desempeño con la redonda, pero el honor siempre puede más y me callo piadosamente.

Uno de ellos exclamó una noche, describiendo y desnudando otra de las particularidades de cierto sector vicioso (la banda, cómo corresponde, también tiene sus divisiones e internas):

- No vengo más a fumar jugado...

No hay más declaraciones. Menos mal que no llega hasta esta banda el control antidoping.

Una gran particularidad que une al grupo sin distinción, es el apego a un club de tercera división que es Excursionistas. Club fundado en 1910 en el bajo Belgrano, cerca de River. Equipo que genera una pasión distinta en el fútbol local.

Hace unos años bastó ver lo extraño y parahumano de esa pasión encarnada en una lamentable performance de sus hinchas más “característicos”, que dieron soberana paliza a los jugadores contrarios de Comunicaciones y en la cual, un perro “marca perro” (y las dantescas imágenes lo corroboraron) que tenía su cotorro en los bajos de la platea, era quien hacía punta a dentelladas contra todo pobre muchacho vestido de negro y amarillo que corría sobre el raído terreno de la cancha. Fue sancionado a su manera el perro, ya que quien le daba de comer estuvo ausente varios días del club envuelto en suspicacias de corte legal.

Los de “la banda de los jueves” no se quedaban atrás en el testimonio de tal desenfreno pasional y hasta tuvieron “trapo” propio, que lucía en todos los bravíos terrenos (por donde la mayoría de la banda desertaba, hay que decirlo) orgullosamente uno de sus más

conspicuos integrantes: Chepe.

Es él quién “obligó” a Manu Chao y a Kusturica, a lucir en sendos conciertos la verde y blanca camiseta de Excursio.

El mismo que los días de partido, local o visitante, se acercaba antes del comienzo de los partidos a través del alambrado a “chamuyar” a los líneas, tratándolos con familiaridad, sabiendo sus nombres y apellidos ¡y hasta de qué laboraban!

No sé si existe un personaje igual en el fútbol, sobre todo tratándose de un equipo de la primera C.

Fue y resulta raro encontrar mujeres que se acerquen a la banda, es casi un club de amores machos. Suelen quedarse escolaseando a las cartas en masculina soledad los días de festejos cumpleañoseros o del nuevo “día patrio” (que bautizaron al 11 de Setiembre).

De sus chicas, solo se acuerdan cuando comienzan a preguntar cómo volver a casa sin que se note la mama, o recomendar silencios cómplices acerca de dónde pasaron esas veladas de jubileo.

En su propio ranking de “farabuteadas”, se encuentran votadas “democráticamente” (hay presiones internas) varias situaciones de los integrantes. El que se lleva las palmas es “El conspicuo”. Crédito del “Juvencia” de Tapiales en su juventud y devenido “gurú” en la mesa de honor de la banda.

Sus proverbios son incunables y a menudo lapidarios.

Su pequeño hijo, reincidente testigo y durmiente de varias comilonas y partidos de la banda, una bella tarde arruinada en el bajo donde Excursionistas jugaba contra Liniers, en medio de un granítico cero a cero, le preguntó al padre apuntando con el mentón:

_ Pá... Pá... ¿y para qué están los arcos ahí?...

Hijo e´ tigre.

Nombrado desde esa tarde integrante juvenil de honor de la auto-denominada “Banda de los jueves”.



El Monje

Crónicas

El viejo del bar del club

18 DE AGOSTO DE 1994

Una vez por semana nos juntamos con los pibes en el club del barrio a jugar un picadito. Presente ante todas las eventualidades climáticas o deportivas cualquiera de esas noches, está el viejo aquel de la ventana. Esa que está pegadita al arco que da al buffet. Pienso a menudo en él, incluso ahora mientras juego y lo diviso a través de la red deshilachada. Cualquiera diría que el viejo está mirándonos pelear con la de cuero. Esa nariz coloradota y la cabeza ligeramente inclinada, con el mentón apuntando hacia arriba y de coté, haciendo jueguito su mandíbula con el faso en la mano que soporta a la cabeza.

Y fue ahí donde y como lo conocí. Por esas cosas de la vida, desde nuestro primer tímido cruce de saludos, el del viejo para conmigo, siempre fue más dedicado. Adiviné en el tipo algo especial que guarda, profundo y latente, que sé yo; Como un río subterráneo y silencioso que es un secreto a voces entre compañeros de bar, que saben dejarlo en soledad pero sin indiferencia. Su presencia es significativa para los del club.

Conjeturo, cuando el partido ahora se traba al colgarse la pelota en una terraza vecina: “El hombre se acostumbró tanto a la patrona, que un buen día comenzó a sentirse vacío. Los hijos crecieron, tal vez ella lo abandonó y ellos se borraron”.

Quizá eligió la mesa y la ventana cuando no hubo más remedio que abandonar el nido. Probablemente su secreto valga más que andar cavilando en su forma de matar el tiempo. Pero el partido se termina, nos vamos a los vestuarios y a los postres reconstituyentes. En el bar descubro la mirada del viejo cómplice y discreta. El ya conoce el brillo en los ojos de los nuevos vicios que coparon su bar. Pero no

mirará de más ni hará comentarios a nadie.

De repente me sorprende a su lado. Pido permiso. Invito yo. Para mí Fernet y para él, su blanco hasta arriba y sin cortar. Brindamos con felicidad de cofradía, donde el viejo se junta con el polaco de “Garúa” entre la niebla, con los vidrios empañados por el humo de cigarrillos y penúltimas ginebras.

Chau Clausura 94 y al Polaco

I DE AGOSTO DE 1994

Ypor fin se fue el mamarracho del clausura. Igual, si preguntan en la yeca, difícil que alguno sepa de qué cosa salieron campeones los de Avellaneda. Eso sí, fueron los mejores.

En este calefón sobre la mugre, donde AFA y Torneos pactan la Biblia del cambalache, el sentido común es lo de menos.

A pesar de estos inadaptados de siempre, tal vez al fútbol nuestro le hubiese venido bárbaro que el campeón fuera “El Globito”. Para cambiar de tapa por uno y por otro, para que los cuervos tengan un adversario ganador. Esa parte de la ciudad se merece un protagonismo adecuado y los de la quema, casi como Racing, si no ganan un título pronto, van a enfrentarse a un futuro de difícil permanencia, porque los pibes, para hacerse hinchas de un cuadro, más allá de herencias biológicas, quieren sentirse ganadores.

Si tenemos en cuenta los tiempos que corren, donde el éxito es sinónimo de bueno, si no lo tienen, lo buscarán entonces en otros colores.

Los que pedían a gritos una mano dura para la selección, ya se la pusieron. Pero cuidado, que más de uno de esos son los que justificaron ese carnaval de gorritos y representantes de meniscos, envueltos

en la bandera de la modernidad dominante.

¿Qué más parecido a nuestro circo criollo que la reciente experiencia mundialista?

¿Quién se asemeja mejor a “pizza y champán: el Coco Basile o el “gran capitán”?

Y sin caer en melanco de viuda ante este derrumbe que duró cuarenta y ocho días: Hoy creo que todos somos de Saavedra y de Platenense.

El tipo, que hasta supo cantar en una murga, se llevó el orgullo de su magia que nos hizo sentir lo que somos, más allá del tango y el rocanrol. Escuchándolo, viéndolo cantar, él y solo él nos tornó cómplices antes esta habitual confusión y desencuentro.

El transformó en identidad esa cosa porteña de no entender muy bien de que agujero venimos. Por eso este humilde homenaje desde aquí, desde esta cueva de barrio residual.

Al gran POLACO ROBERTO GOYENECHÉ, no te moriste nunca, barro tal vez...

Tripa

21 DE NOVIEMBRE DE 1996

De pibe me daba miedo. Solía tirarse en picada desde el fierro hacia el tumulto de “la gilada”, sitio al que yo pertenecía por esos días en que trataba de esmerarme para que me aceptaran como a uno más en la barra.

Todavía conservaba su nariz sin esas curvas pronunciadas a prueba de combates, que el tiempo aplicaría desde adversarios cada vez más atrevidos, ante la evidente decadencia de su vitalidad histórica. Pero su altivez suburbanamente guerrera, lo llevaba a ganar y perder sin

que su orgullo se disolviera en la resignación del tibio.

Algunos recordarán una campana de estación histórica, camino de vuelta en Rosario, que su locura de personaje impredecible lo acercó a ella para arrebatársela como un trofeo y que ante la presión ejercida por el gordo Muñoz, tuvo que finalmente devolverla anónimamente en la puerta de la radio (¿Cómo colgarla sin que se venga abajo la mampostería del convento del Abasto?).

Pero por el bardo posterior que se armó al choreo, la leyenda engordaría más allá de las canchas y de los rituales murgueros. A propósito: ¡Qué estilo!, esa especie de nube pájaro sin cielo, sombra ebria, sed lunar y vaya uno a saber qué destino lo llamaba desde el fondo de las eternidades que el bombo y el platillo prometen desde su frenesí primitivo.

El, con su chaqueta azul de lentejuelas y sus últimos mensajes de carnaval, repitiendo la glosa de siempre, resonando hasta en los últimos corsos del infierno, de los que no les quedó otra que atarse al carro de fuego de la mano izquierda de dios, mordiéndose los ojos a la mandíbula de los abonados a la cruz de medio pelo colgadas en los inodoros del restorán codificado en su menú a indigestar almas perdidas.

El, tierno y criminal en su diario suicidio arrabalero, postrer grito de la caballería andante porteña, nos deja sin lágrimas aquí, endurecidos de toda sospecha en un viaje de tucas apagadas y humedecidas.

Mis recuerdos con nariz averiada y comedor sin dientes, del Abasto hasta Soldati, con escalas tumberas en la gira... Don Daniel Soto, TRIPA, el del Miyo y Sacachispas. ¡A tu salu “cariño”!

De salidera...

La familia y el equipo

20 DE FEBRERO DE 1997

Hoy día, cuando el fútbol conquistó como nunca el living de cada hogar desde que nos vendieron que tal cosa es más segura por TV que en el propio escenario de los hechos (menos en familias como la de los Soria, unos vecinos que flor de combate armaron entre yernos y cuñados por culpa de un clásico, hasta que llegó la yuta y todo), no encuentro parecido más contundente para la típica familia porteña, que el de un equipo cualquiera.

Sus integrantes y relaciones colaboran desinteresadamente para la causa.

El equipo es La Vieja.

A pesar de algunos que están cerca, puede estar mal o joya que uno va a verla igual.

Los parientes de filo, son el símil de los plateístas caretones.

Vienen ahora aquellos, sin distinción de ubicación en el estadio a los que solo encontrás en los festejos para ver la vuelta o cuando el equipo caza la punta y los cuervos de los velorios, los “piedras”.

Los fanas, corte “nadie se atreva a tocar...”, como los que le sacan a la pobre vieja las canas verdes: Los barra bravas.

También, esos a los que el club, o la vieja, les soba las cuestiones y garronean la entrada sin importar como marchan las cosas, si hay que colaborar con algo o no.

Para ir cerrando este referencial pasional criollo: Los nietos.

Esos de quererse incondicionalmente, pero que tendrán la opción de dos clubes distintos.

Dos familias de orgullos, desvelos, atenciones y costumbres tal vez muy diferentes, disputando el afecto de la criatura.

Algunos optarán un poquito por cada una, con mayor o menos

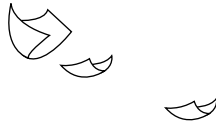
BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

inclinación. Otros, se abrazarán fuertemente y de por vida a una en especial.

Y los que a ninguna, pero esta variante es muy improbable.

Se pueden agregar o refugiar, que este si es el “equipo de todos”.

Y no hay clausura, porque acá todos tiramos para el mismo lado como una verdadera familia...



El Monje

Mundial 1994



23 DE JUNIO DE 1994

Esta vez la tribuna es un bar. La yuta viene a ser el gallego que relojea por si alguno se pianta sin garpar, o por si cualquiera de los plateístas se pone pesado. Ninguno saborea la bebida del mundial, curiosamente. Tacheros laburantes o de paso. Laburantes de la cuadra, mecánicos y comerciantes. Borrachines que aprovechan siempre una ocasión “pá hacer un brindis” y alguno que pregunta si Menotti es el técnico de Bolivia. Vagos y atorrantes, como yo.

Alguno que otro habla por el “público” hasta que uno le cuelga una servilleta y se gana los primeros aplausos de la tarde que arranca con la ceremonia de apertura y todos aprovechan para el primer copetín. Los favoritos son los rubios. ¡Cuantos “bolitas” que hay!-dice uno-¡Y también con lo cara que la venden!-contesta otro y se lleva nuevos aplausos. Quique Wolff no logra, a pesar de su experiencia mundialista, hacer que puedan “estar juntos” los demás enviados.

-¡Divididos las pelotas!-dice mi amigo “el chupado” y solo es festejado por el minoritario reducto rockero del bar.

Todo es tan rápido al ritmo yanqui, que hasta “La Cumparsita” parece salir en ritmo de samba. El gallego hace zapping sólo para comprobar que es “para Romay que lo mira por TV”. La verdad, para representarnos mejor hubieran mandado a los muchachos de “Videomatch” (¡Eso sí es Argentina!). Como nadie acá entiende un joraca, nos perdimos algún furcio de Clinton confundiendo al fútbol con el básquet o a Walt Whitman con Bob Dylan. Uno que está escabiando en la barra señala

-¡Uy... John se caga!

Realmente un mundial en USA es como imaginar un desafío de barrio a jugarse en el hipódromo de Palermo, o a Julio Iglesias haciendo de “El general”. Otro de mi barra agrega que sería como a Larralde presentando un disco en el Roxy.

Dicen que para la seguridad del mundial fueron invitados algunos puntos de la Federal argentina, ¿se imaginan?, si cuando los de allá vinieron a aprender a estas pampas, lo hicieron aquella vez de Argentina vs. Australia, justamente la noche en que los pibes de River desalojaron a la yuta de la popular y después, a la salida, quedó un chico cuadruplico. Linda yunta, ¿no?

Los bolivianos comenzaron temerosos y retrasados. Alguien, burrero de ley, juega todos los boletos a Bolivia cuando se entera que juega un Baldivieso. Los alemanes se nota que quieren aprovechar y no geográficamente, a la altura en relación con sus rivales del tercer mundo. Muchos córners y presagio de tormenta. Por las dudas, los muchachos siguen haciendo laburar al mozo con pedidos acostumbrados y el silencio gana el local hasta que un jugadón de Baldivieso levanta la temperatura a media hora del comienzo y agranda al quía burrero, que se ríe como si supiera. Es un partido en serio. Termina el primer tiempo y la vida por un faso, debe pensar más de uno ahí en Chicago, mientras acá en el bar nadie se acuerda de la nueva reglamentación y esto es un verdadero garito en que solo faltan las minas. Bilardo hace cartel y opina, por ahí que “este es un mundial atrasado diez años”, justo él, el vanguardista del buen fútbol.

El segundo tiempo abre una ilusión y hasta el arquero Trucco se anima a mirar a Tinelli cuando saca desde el arco. Bolivia aguanta. De repente nos encontramos cinchando todos por los bolitas y los germanos comienzan a ponerse nerviosos. Pero Trucco resbala, Klinsmann la pone y se relaja Alemania. El oficio pesa.

Mientras tanto Bolivia no se desarma, pero el orden no es garantía de triunfo. El partido se torna aburrido y los yanquis que se enteraron de qué va todo esto, ya deben estar pensando en la próxima hamburguesa. Entra “el diablo” y se va a atender el quiosco en el subsuelo, por gil.

La gente pide la cuenta. Más allá de todo, el sueño es Argentina. Al final del partido, solo llegamos los vagos y los choborras y el mozo habilita discretamente el tubo “descompuesto”. Esto, claro, recién empieza...



30 DE JUNIO DE 1994

Difícil. Se hace muy difícil mirar los partidos con chabones que antes que hinchas de la selección son hinchas de sus equipos de acá. Por suerte hoy jugamos a la cheno con los búlgaros (espero que Stoichkov siga sin aparecer) y vuelvo al bar, en donde la monada no se identifica y estamos todos prendidos.

¡Qué loco!, el fútbol nos desune o nos pone “juntos”, “muy cerca”.

Asistimos con deleite y asombro a la prolongación del mito que de a poco se convierte en figura de este mundial medio pelo, en el que los colombianos se despidieron con pena, sin gloria y pensando qué carajo hacer con las pelucas. Ojo, que más de uno de los que saltan hoy sobre el vapuleado honor de una selección de un país de “negros putos”, ayer nomás gritaban ¡olé! a los muchachos de Basile. Pero bué, es en estos días cuando nos conocemos más. Porque de última: ¿Cuántos demuestran jugar más lindo en este mundial? Si el Diego humilló mejor cuando lo dejaron suelto, fue porque ya no podían seguir mandando más fruta y el sueco ese iba a sacar una tarjeta que no era de crédito. En nombre del juego, gracias.

Para mí este es el mundial de la caída del imperio del chamuyo filosofista futbolero. Está confirmando un par de cosas grosas en lo futbolístico: Los desequilibrios más visibles se vieron en los ataques por las puntas y en las paredes levantadas para llegar mano a mano con el arquero. De una cosa estoy seguro y creo que vamos a coincidir: Somos los campeones morales en picardía. Los nigerianos lo aprendieron y no pudieron pelar sus saltos de tigre cuando acechaban algún pase en falso de Redondo. Lo digo también por los de Camerún. Ya están grandes, bastante alimentados y encima dirigidos por europeos, no por un hechicero en taparrabos. A no comer vidrio entonces con eso de “pobrecitos, qué brutos son”.

Ojalá que sigan haciendo goles y que alguno de los nuestros sea el goleador. En comparación con el 90, me encuentro satisfecho, así vale y espero que sigan, aunque no me desvele ganar para dedicárselo a nadie. A menos que algo muy poderoso me convenza de que después de juntarnos todos en el obelisco vamos a salir hacia alguna otra parte que no sospechábamos y que al volver a casa, ya no seamos los mismos. Sin soberbias y sin divagues de chalado, el mundial no está tan lejos.



7 DE JULIO DE 1994

La patria, hace ya algún tiempo, era un territorio con todos los climas posibles. Una bandera a la que debíamos saludar todas las mañanas entre la escarcha, la primera junta y la escarapela. Belgrano y Cabral quien se moría contento en un campo que no era de fútbol por salvar al libertador. Milicos por todos lados, Perón y el Ché.

En el barrio un par de loquitos rebeldes ponían discos de Manal,

La Pesada y hasta de Led Zeppelin. Se tiraban en la vereda sentados contra la pared, tipo la tapa de “Vida” y fumaban negros agarrados así, como a los porros. Para los demás guachos del barrio, atorrantes o caretas; ser faloperero era similar a ser trolo. Era así.

Pelusa, en esos días, no tenía la obligación de ser “el héroe de la nación”. La joya del Nilo. Solo un cebollita, que florecía en medio de la mierda de Fiorito de la mano de su viejo, de saco reventado en los codos, soñando, mientras cruzaban esa riñonera apestosa que tiene Buenos Aires bautizada Riachuelo, camino a las prácticas en Argentinos. Ni siquiera tenía la culpa de estar desnutrido y falto de vitaminas, eso precisó de otras medicinas que no se empardan con un descongestionador cualunque, que borró con su simpleza temporal un laburo que apuntaba a eternidad y gloria.

Es responsable sí, de esa soberbia de no prestar demasiada atención a ciertas reglas impuestas por una FIFA de mafias y lechados. Por más que se trate de quien se trate, no dejó de ser una gran boludez. Es de cuarta que, en un mundial, con todo lo dicho y todo lo “otro” que se juega, un jugador se mande un bardo así y los grandes responsables no se enteren. Grondona y secuaces: Olivar... por favor.

Los europeos no cargan en sus espaldas el peso de tener que fijar las grasas de la política. Entran a la cancha a cumplir con lo pactado y si se avivan que el agujero está ahí, en la defensa, van a atacar por ahí, con sus largos piques a los Petrescu o con esos pies de lujo a lo Hagi (capo de este mundial). Ahora lo vamos a mirar por TV y a mí me cabe que los brasileños se la lleven, aunque acá no guste y me miren con cara de extraterrestre cuando grito “pra frente Brasil”.

Argentina perdió un mundial, muchachos, de fútbol ¿eh?

Seguiremos viéndolo hasta el final, pero en nuestras retinas quedarán grabados para siempre, esos segundos en que la gorda rubia se lleva al capitán Maradona de la mano al muere.



14 DE JULIO DE 1994

Los muchachos del “choto” Penev mandaron un par de molotovs y los tanques alemanes pasaron a valores. Alguien “vengó” el robo del 90.

Los argentinos siempre encontramos consuelos morales. Brasil entró, cuando se acordó de ser lo que es. Y nadie que guste del buen fútbol puede negar que ellos lo practiquen.

Mauro “silba”, Bebeto “canta” y Romario “baila”, lástima que el gil ese de Leonardo eligió el box, sino, cartón lleno.

Acá en el bar de Manolo “El estoico”, hubo clima de joda y alta tensión, sobre todo el sábado pasado cuando tanos y gallegos se midieron al mismo tiempo que nosotros nos dividíamos según los apellidos. Los tanos, de fiesta. Me hicieron acordar a nuestra buena estrella en el mundial de Italia. Si no llegan a la final, ya están de postre. Igual, después de cada partido, nos quedamos sangrando por la herida y volvemos a mandar fruta a la FIFA, a Grondona y a dividirnos cuando le llega el turno al futuro entrenador. Que Bilardo sabe una barbaridad, que Bilardo es un sanatero con buena prensa y que la selección jugó mejor que en el 90. Pero por sobre todo se impone “el gran capitán”, con el latiguillo de su personalidad (y para quien dijo -mejor en la selección, así se las toma de River y lo traemos de vuelta al bambino-).

El domingo pasado, una de acá; mientras el “pardo” ya me comenzaba a chamuyar más que bajito (recuerdos de su paso por “la tumba”) y se venían los penales con los que ganaron los vikingos, por la puerta, pintada de alegría verdolaga, pasaba la caravana que esperó 22 años para formarse: Excursio a la B.

Brindamos por ellos y después nos volvimos a entregar al circo catodista, pero incentivados con un poco de color local, que ojalá no perdamos, aunque nunca más ganemos un mundial.



21 DE JULIO DE 1994

Arrancamos del barrio el jueves a la noche. La cuestión es que el domingo nos encontró mirando la final en Olavarría. Hasta allí la gira.

Esta vez no hubo ganadores morales y los brasucas se merecen la batucada y aunque aún sangremos mucho, la herida se cierra al verlos dando la vuelta, mientras los tanos mordían el pasto de utilería y lo enfocan a Havelange. Todos los que estábamos ahí nos volvimos a trenzar en la misma vieja y cercana polémica de la efedrina, el Diego y la era de la boludez.

No hay que olvidarse de algunas cositas de este mundial: Brasil estaba preparado para no comer vidrio y no se descuidó nunca. Romario jugó presionándose para ser el estandarte de la comparsa “Los maravillosos de la tierra”. Por eso los goles que se comió.

En este mundial de avisados, se la llevó el más estudioso. Italia solo jugó un poco en el primer tiempo contra ese invento de los búlgaros. Bueno el final para los suecos, que dejaron la impresión de jugar con un poquito de alegría.

Párrafo aparte para un comentario de Araujo: “Hasta los suecos parece que supieran jugar”, dijo. Sería copado que dijera en nombre de qué fútbol sacó tan determinante y prestigiosa exclamación ese muchacho sin potrero.

Otro tema es lo que sucede cada cuatro años en todos los picados.

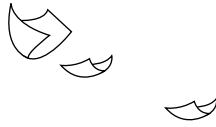
Ahora en cada canchita, por ejemplo, todo dolape es Letchkov. El rubio lindo es Brolin. El guacho de colita es un Baggio. Si hay una buena dupla, son Romario y Bebeto. El lenteja ya es Ruggeri y al que corre todas lo desprestigian con “que acá no hay antidoping”. Si el chabón sale de raje a encontrarse con la nami, es un Caniggia cualquiera aunque sea un yobaga.

Así, uno comprende sin tanto chamuyo inflado que el fútbol sigue siendo lo más parecido a nosotros mismos.

En el 98, otros serán los nombres, los protagonistas que demostrarán lo inagotable de nuestra potencia creadora. Más también tendremos que soportar, a caballo del talento y la pasión, esa infatigable muestra de frases hechas y yomerías de timberos y viciosos, piratas de corbata de bandera y porte gentil, prestidigitadores y payasos que abrirán el circo tratando de agitar nuestras aburridas almas, encendiendo patrias por TV

¿Quién será el nuevo técnico?, sea quien sea, se va a encontrar con el vacío de la número 10, pero a su favor tendrá que para armar el equipo, no irá a depender de esa carga de neutrones en camiseta y eso, ya apunta a que será una etapa verdaderamente novedosa.

¿Si la FIFA seguirá siendo esa banda de botones? Y... es más que probable que sigan en operaciones.



Canciones

Al olor del hogar

(Del CD “La argentinidad al palo” de Bersuit, 2004)

Mi casa era un abrazo con aromas
Afuera el mar oleaba en adoquines,
Por suerte había chapas que en la siesta
Hacían que llover no fuera triste.

Y hablo de mi casa nunca nuestra
Mudándonos de barrio sin opciones,
A la hora de movernos, que increíble,
Imaginar un mundo en los camiones...

La casa ningún living, de una pieza
De los despertadores tan temidos,
Soñando que tal vez, quizá no suenen
Para ir a mi otra escuela de bandidos.

Jamás podré elogiar a mi pobreza,
Tan solo es el cristal de mi pasado
Que suena como copa en esta noche
Y abraza con su vino destapado.

Mi hermano heredándome la pilcha
Aquella que vistió también a un primo,
Así fue que aprendimos el secreto
De compartir los parches y el camino.

El carnaval y el tengo fueron cuna,
Mi vieja me cantó “duerme negrito”

Y en mi segundo hogar “el gallinero”,
Mi viejo me soñó como “Angelito”...

LETRA DE ARIEL PRAT MÚSICA DE JUAN SUBIRÁ

Cuando escribí allá por el 99 esta letra, la emoción era tanta para mí que la guardé. Una tarde, juntándonos con Juancito en su casa de San Telmo, medio para tomarnos unos copetines, medio para hacer música, se la pasé. ¡Menos mal! el destino quiso que fuera él quien le pusiera esa maravillosa música y que haya quedado en la selección de temas para un disco tan exitoso como ese. Llegó a grandes, a chicos, a rockeros y no, a hinchas de todos los equipos y sobre todo, que una intimidad tan biográfica y personal, se transforme en un canto popular. Cuando en el primer Luna del 2004 subí a cantarla de invitado con Bersuit, me estremecí como pocas veces en la vida al ver lo que producía en la gente.

Además de , está en mi disco “Milagros al revés” junto a la orquesta Misteriosa Buenos Aires. Y, con un fragmento en vivo con la gente, en mi disco “Orgullo de barrio” (20 pequeños éxitos).

El zurdito

(Del CD “Negro y Murguero”, 2007. Inspirada en Leo Messi y mi propio paso por las inferiores de varios clubes)

Aprietan las zapatillas
Tal vez hasta navidad,
El sabe con claridad
Que aunque invente maravillas,
Ni pidiendo de rodillas
Ni trayendo buenas notas,
Se van a quedar bien rotas
Aunque no falte puchero;
Será un camino sincero
Con triunfos o derrotas.

“No hay manera de frenarlo”,
- dice la vieja a otra doña-
“Vuelve siempre hecho una roña
Y a las nueve hay que llamarlo,
En la calle hay que buscarlo
Ya después de los deberes;
Metete que son pasteles
Y mi marido es total;
Lo lleva a la capital
A que lo prueben el jueves”.

“Bueno, el zurdito se queda,
Tendría que crecer más,
Le vamos a hacer nomás
Para que encaje en la rueda;

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

No importa que usted no pueda,
Corre por cuenta del club,
Un aporte a su salud
Que este pibe llegará;
Mañana ya lo verá
Tan fuerte como un ombú”.

Ahí va el zurdito apilando
Tanto penas como marcas,
Revolotean los garcas
Que se imaginan ganando,
Lo que nunca laburando
Pero el padre que acompaña,
Sabe entender la calaña
Y aunque no sobre la guita;
No será él quien le permita
Su vuelo a la telaraña.

Y el sueño ya es la primera
La camiseta querida.
El primer gol, la corrida,
Gritarlo de que manera,
Para quemar en la hoguera
Las zapatillas gastadas,
Iluminar las mañanas
En otro barrio quisiera;
Donde la vieja pudiera
¡Sin miedo abrir las ventanas!

LETRA DE ARIEL PRAT- MÚSICA DE JUAN SUBIRÁ

Enzo, único rey

(Del CD Mercado sobre la raya, 97)

Viene la hora, salgo de casa
Siempre es difícil saber adonde,
Menos si el tipo sale a jugar.

La camiseta, no pesa nada
Esa pegada de luz en cuero,
Alumbra el juego y ¡menos mal!

Y abran las calles
Cierren la boca.
Vamos la banda
Porteña piel.
Que en cualquier cancha
Toda la gloria,
Enzo primero:
¡Único rey!

Tiempos mendigos de corazones
Laten bolsillos con celulares,
Dueños de goles por Internet.

Caen los tablones y tantos héroes
Sobre el estadio, la lista es larga
Pero hay otro, un oriental...

Y abran las calles
Cierren la boca.

Vamos la banda de River Pley.
Que en cualquier cancha
Toda la gloria,
Enzo primero:
¡Único rey!

LETRA DE ARIEL PRAT

En el 96, fui invitado como panelista en un acto cultural en River, estaban entre otros Macaya Márquez y el Beto Alonso. Yo no pude con mi genio y llevé la viola y al final largué como estreno esta milonga-candombe dedicada a mi ídolo, el Enzo. Estaban los muchachos de la audición de Costa Febre que la grabaron en vivo y luego la difundieron en su programa con tanto éxito que la tuve que grabar de inmediato. Hicimos un cassette especialmente y la mandamos al programa de Víctor Hugo, en donde también arrasó y por lo cual me entrevistó por vez primera en Continental. Luego la incluimos a último momento en el disco “Marcado sobre la raya” con mi Houseman René Band. El tema sonaba a full cuando dimos aquella vuelta inolvidable con el Enzo a la cabeza por haber ganado la copa.

ARIEL PRAT

Ir gambeteando

(Del CD “Los Transplantados de Madrid”, 2005)

(A la memoria activa de mi viejo Pichino, cuyas cenizas cubren la raya del mediocampo del Monumental)

No era un padre presumido
De los que iban conspirando
Pa que lo pongan al nene;
Más bien todo lo contrario.

Cuando no pegabas una
Te largaba su rosario:
“¡Dedícate a esas canciones, gil
O laburá!”

“Este pibe va a llegar”
Batió un troesma legendario.
Y eso fue peor que la marca
De cualquier cuatro adversario.

Pero nunca le aclaró
Si llegar, era a un escenario,
Donde vos “no existís” también
Si no hay un gol.

Hoy lo recuerdo milongueando
En la mitad del campeonato.
Aprendí bien a encarar
Que el triunfo es siempre ir gambeteando,
Aunque la cancha esté embarrada

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

O en un osario
O te cambien de lugar, la hora,
El micro, hasta los arcos.

Recitado:

Cuando se fue
Dejó al domingo de otro color.
Cambió tribuna, no apura a Amanda
Con ese tuco, con el hervor.
Antes que yo, llegó a primera el gran cabrón;
No falla nunca, es el primer
¡Borracho del tablón!

LETRA DE ARIEL PRAT SOBRE MÚSICA DE CARLOS TERO BUSCHINI

La vida por los colores

Es más que un decir
No entra en razones.
Es amar, creer y tras su manto,
Ser un sentimiento de millones.

La vida por los colores
Que no borraron ni en el infierno
Con Matías, guerreros y alentando
¡Para volver a subir como leones! (A coro y puente)

Son la vida por los colores
Amadeo, el Ángel, Walter Gómez
El Beto y el Enzo, que campeones
Más que nombres ya son corazones.

Son la vida por los colores
Ramón y Pinino
O jugadores
Como el gran Ariel “Burrito” Ortega
Y hermanos Daniel y Ermino Onega...

La vida por los colores
Es ir con el sol o en las tormentas
El manto sagrado no se mancha
Ni cuando se juega en la Ribera...

La vida por los colores
No es solo aguantar

BATATA NEGRA Y OTROS RELATOS

En los tablonos.

Es que un hijo nazca y ya los quiera
Son colores de sangre y son bandera...

(Pregón entre coros)

Por eso:

Doy la vida por estos colores

Das la vida por estos colores

Y ya están naciendo los que un día

¡Darán la vida por estos colores!

ARIEL PRAT

(28-05-13. Tema utilizado y adoptado para la campaña de “Primero River” en las elecciones del club en diciembre de 2013)



Primera impresión septiembre de 2016



*"Y el sueño ya es la
primera / la camiseta
querida / el primer gol la
corrida / gritarlo de que
manera / para quemar en
la hoguera / las zapatillas
gastadas / iluminar las
mañanas en otro barrio
quisiera / donde la vieja
pudiera sin miedo abrir las
ventanas..."*

(de El zurdito)



ARIEL PRAT
Batata Negra
Y OTROS RELATOS



Más allá del placer que provoca la lectura de estos cuentos de Ariel, debe quedar en claro que la sensibilidad es una de las bases de sus relatos.

El recorrido de gran parte de su vida tiene que ver con esos valores que fueron como su religión; la amistad, la pasión, la “barra”, la familia, el barrio y sobre todo el pueblo y más aún el pueblo futbolero.

Ariel vive y vivirá gambeteando sobre la raya. Un wing en la vida, recibiendo de todos lados y manteniéndose en pie.

Nos invita y nos introduce en sus momentos más felices de su vida vinculada con el fútbol, la música, la murga y nos revela que en la infancia es donde se instalan los valores.

Este gran libro es altamente recomendable.

Abstenerse los que no tengan sangre en sus venas porque la emoción acompaña de principio a fin.

Darío Villarruel

ediciones
al arco



ISBN 978-987-1367-64-1



9 789871 367641